
PROBLEMAS TEXTUALES Y METODOLOGICOS DE LA SOCIOLOGIA HISTORICA*

Ramón Ramos Torre
Universidad Complutense de Madrid

En los últimos años hemos asistido a lo que expresivamente D. Smith (1991) ha llamado «la ascensión» de la sociología histórica¹. En este trabajo pretendo indagar la identidad, las variantes y los problemas textuales y metodológicos que son característicos de esa empresa. Una indagación así es de la máxima urgencia, ya que la sociología histórica sólo se podrá construir de una forma solvente si actúa de forma reflexiva, autoanalizándose y siendo consciente de lo que, en las páginas finales de este trabajo, denominaré su paradoja constitutiva.

1. IDENTIDAD DE LA SOCIOLOGIA HISTORICA

Al abordar la identidad de la sociología histórica nos encontramos con dos dificultades iniciales: la etiqueta está sometida a disputas y los límites que enmarcan ese tipo de indagaciones son cambiantes.

* Una primera versión de este trabajo fue presentada, con el mismo título, en el XIX Congreso Latinoamericano de Sociología de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Caracas en junio de 1993.

¹ En nuestro país el tema ha recibido una atención creciente en distintos números de las revistas *Zona Abierta* e *Historia Social*. Para una visión de conjunto de la reflexión realizada, cf. los trabajos de Juliá (1989) y Paramio (1986).

Comencemos por la etiqueta o el nombre dado a la empresa. Algunos de sus más destacados representantes han presentado reticencias más o menos persistentes a utilizarla. Así, Tilly, al abogar por una convergencia entre la sociología y la historia en el campo de los estudios sobre el cambio social, previene que no está hablando «de algo llamado “sociología histórica”» y argumenta: «no estoy de acuerdo con las propuestas que hacen emerger subdisciplinas a partir de técnicas y enfoques [*approaches*] y no de temáticas teóricamente coherentes» (Tilly, 1981: 100). Su prevención viene del lógico temor de que, adoptando tal etiqueta, se convierta en un campo de especialización con una ortodoxia propia, métodos codificados y máximos sacerdotes. Con todo, la prevención de Tilly no ha encontrado mucho eco y la etiqueta se ha venido utilizando de manera expansiva.

Dejando aparte el lógico temor de Tilly ante la trivialización académica que puede comportar la utilización de una etiqueta de moda, hay algo sintomático en sus resistencias, cuyos ecos podemos encontrar incluso en los escritos de la máxima pontífice del movimiento, Theda Skocpol. En las páginas del libro-manifiesto del movimiento, *Vision and Method in Historical Sociology*, Skocpol (1984: 359) destaca que la sociología histórica no se puede considerar un «sub-campo o una especialidad auto-contenida» de la sociología, fundamentando el juicio en su falta de unidad temática, teórica y metodológica. Es esto lo que considero relevante y lo que se conecta con las prevenciones terminológicas de Tilly.

En efecto, a poco que se atienda a su desarrollo efectivo, la sociología histórica no puede concebirse como una especialidad estricta o un subcampo de la sociología, ya que se ha convertido en una corriente de estudios transhistóricos, transdisciplinares y multiparadigmáticos. Transhistóricos porque, lejos de limitarse al estudio de una época o de un proceso paradigmático de cambio, han ido expandiéndose hacia la tematización del entero ámbito de la historia². Transdisciplinares porque, sin siquiera limitarse al estudio del cambio social, abordan universos temáticos de las más diversas especialidades sociológicas. Multiparadigmáticos porque en el empeño coexisten estudiosos de muy distinta orientación teórica: marxistas de distintas variantes (Wallerstein, Anderson), weberianos más (Bendix) o menos (Mann) ortodoxos, funcionalistas parsonianos (Smelser) y toda suerte de híbridos entre estas tres matrices teóricas fundamentales, en cuya clasificación sería absurdo entrar.

¿Quiere decir esto que, al no tratarse de una especialidad acotada, carezca de algún principio de identidad y delimitación, aunque sea en los términos

² Y, así, Tilly (1991: 81-86) distingue cuatro niveles de investigación histórico-sociológica (histórico-mundial, sistémico-mundial, macro-histórico y micro-histórico) que potencialmente agotan el ámbito de la historia. Como muestra clara de la ampliación del universo de estudios de la sociología histórica hay que considerar la magna investigación de Mann (1991), que, como historia de las distintas redes del poder, rastrea periodos amplísimos de la historia de la humanidad.

más genéricos de un cierto aire de familia? No lo creo; aunque, como habrá ocasión de comprobar, se puedan encontrar fuertes variaciones, hay un punto común que marca la identidad característica de esa empresa plural denominada normalmente sociología histórica, y es el compartido interés en cerrar el divorcio entre la sociología y la historia en razón de su demostrada esterilidad al abordar el estudio del cambio social. Esta lucha contra lo que Zaret (1980) denominó «el eclipse de la historia» en la sociología define el espacio común de consenso. La identidad emergente es, en gran parte, negativa: rechazo de las orientaciones sociológicas que, en forma de teorías generales del cambio social, la modernización, el desarrollo, etc., han pretendido insatisfactoriamente dar cuenta de los fundamentales procesos de cambio social sin recurrir, de forma profunda y sistemática, a la historia. Más allá de ese consenso estratégico surgen las diferencias tanto a la hora de especificar los protagonistas como el ámbito, las modalidades y los resultados últimos de tal proyecto.

Dejaré a un lado el problema de los protagonistas³ y me centraré en los otros tres que acaban de ser reseñados. El objetivo es saber de qué trata la sociología histórica, qué variantes y en razón de qué criterios se pueden encontrar en su seno y, por último, cuáles son los resultados obtenidos y qué agenda se esboza a partir de ellos.

La lucha contra el eclipse de la historia ha sido entendida de dos maneras radicalmente diferentes, lo que ha tenido una trascendental proyección sobre la delimitación del ámbito de la sociología histórica. Existiendo consenso sobre la necesidad de recuperar la historia en bloque —es decir, como narración que fija críticamente el pasado relevante—, cabe diferenciar un proyecto más radical y ambicioso, que surge de la obra de Abrams y encuentra audiencia en lo que se ha autodenominado sociología histórica «episódica» (Griffin, 1992: 406), de otro de ambiciones más limitadas y que ha sido mayoritario hasta la actualidad. Mientras el primero desborda el ámbito de los estudios sobre el cambio social y los límites de la historia (en su acepción de estudio de los hechos del pasado), el segundo se autolimita en estos dos sentidos.

En efecto, en su influyente *Historical Sociology*, Abrams propugnaba la plena fusión de la sociología y la historia en la forma de una sociología histórica concebida no como un tipo de sociología, sino como «la esencia de la disciplina» (Abrams, 1982: 2). Esto se traducía en una expansiva delimitación de su universo temático que, consecuente con la propuesta, habría de agotar el uni-

³ Aunque el tema no sea sustantivo, no deja de ser significativa la fijación de protagonistas, es decir, la lista de los que se proponen como casos representativos de la sociología histórica. En el libro editado por Skocpol —un conjunto de estudios sobre sociólogos históricos decisivos— aparece un santoral que, en parte, es demasiado amplio al incluir a los historiadores Thompson y Bloch —lo que le hace exclamar con gracia a Goldthorpe (1991: 228) «quel diable allait-il faire dans cette galère»— y, en parte, es demasiado restringido: ¿dónde está Elías, considerado justamente por muchos otros (Abrams, Smith) como uno de los padres de la criatura? Una ampliación también notable de conspicuos representantes de la sociología histórica aparece en Smith (1991), que tampoco duda en incluir a historiadores como Thompson, Bloch y Braudel en su particular santoral.

verso mismo de la sociología⁴. Es lógico que los que han seguido la estela de Abrams hayan llegado a la conclusión de que la sociología histórica no se pueda definir por su interés en el estudio de los procesos históricos pertenecientes al pasado. Como dice de forma ejemplarmente clara uno de ellos: «El tema real no es la edad de los datos o de los acontecimientos, sino más bien la naturaleza de los datos —la representación de los acontecimientos— y lo que se hace realmente con tales datos [...]. Lo que demarca lo histórico de lo no histórico [...] en la explicación sociológica [es] la utilización del modo narrativo para examinar y explotar la temporalidad de la acción social y los acontecimientos históricos» (Griffin, 1992: 405). La identidad de la sociología histórica no se define, pues, por su objeto (el pasado histórico), sino por innovaciones radicales en el campo teórico y metodológico: concebir las realidades sociales como acontecimientos y procesos temporales y hacerlas comprensibles por medio de narraciones⁵. Más adelante volveremos sobre este intento de narrativizar la sociología. Lo que quiero destacar ahora es que un proyecto así desborda el ámbito más característico de la sociología histórica, convirtiéndola en una alternativa teórica y metodológica cuyo ámbito de estudios es coincidente, sin más, con el de la entera sociología.

No es éste el caso de la otra corriente mayoritaria en la que se pueden encuadrar sus representantes más conocidos. Con independencia de sus filiaciones teóricas y metodológicas y de cómo resuelvan el problema de la integración textual de la sociología y la historia, en el seno de esa corriente se identifica la sociología histórica con el estudio de los procesos de cambio social a partir de materiales históricos, limitando en estos términos el propio ámbito de indagación. Ciertamente, se enfatizan la temporalidad, la procesualidad, la relevancia de la *agency* en su universo característico de estudios (Skocpol, 1984: 1), pero sin que eso dé pie a una refundación general de la sociología, sino más bien a una reorientación de los estudios sobre el cambio social. Por decirlo en el tono programático que adopta Tilly en su libro de reflexión gene-

⁴ Ejemplo de ello son los tres tipos de asuntos que, según Abrams (1982: 7), constituyen su universo temático: la transición al industrialismo, el estudio de las pautas de libertad y restricción que marcan la vida cotidiana de los individuos y las relaciones entre los actores intencionales y la sociedad como entorno restrictivo.

⁵ Abbot presenta el programa radical de la sociología narrativista (también llamado positivismo narrativo o sociología histórica episódica) de una manera aún más nítida. Según asegura, se trata de un grupo de sociólogos que quieren proponer «la narración como fundamento de la metodología sociológica, [...] entendiéndola en el sentido más genérico de proceso o historia [*story*]. Quieren convertir los procesos en la piedra angular de los análisis sociológicos. A su entender, la realidad social ocurre en secuencias de acciones localizadas en estructuras que abren posibilidades o crean constricciones. Se trata de actores sociales particulares, en espacios sociales particulares, en tiempos sociales particulares» (Abbot, 1992: 428). Y comenta que tal propuesta es revolucionaria, pues «nuestros métodos normales analizan la realidad social como entidades fijas con cualidades variables: Atribuyen causalidad a las variables —características sociales hipostasiadas— más que a los agentes; las variables hacen las cosas, no los actores sociales. Las historias [*stories*] desaparecen» (*ibid.*: 428).

ral sobre el cambio social, «deberíamos construir análisis concretos de las grandes estructuras y de los amplios procesos que caracterizan a nuestra época. Los análisis deberían ser *concretos* a la hora de referirse a tiempos, lugares y personas reales. Deberían ser *históricos* para así limitar su alcance a una época definida por el acaecimiento de ciertos procesos claramente definidos, y reconocer desde el comienzo la importancia del tiempo —el *cuándo* pasan las cosas dentro de una secuencia afecta al *cómo* ocurren, que toda estructura o proceso constituye una serie de posibilidades de elección—. Los resultados obtenidos en un momento concreto limitan otros posibles resultados que pudieran obtenerse en momentos posteriores» (Tilly, 1991: 29).

En el marco de esta común concepción de la identidad de la sociología histórica y de su específico ámbito temático, aparecen también variaciones significativas. Merece la pena estudiarlas porque, de su mano, surgen los grandes problemas (discursivos, teóricos y metodológicos) que estos estudios han enfrentado y sus distintas estrategias para resolverlos.

2. VARIANTES DE LA SOCIOLOGIA HISTORICA

Todos los trabajos sistemáticos publicados en los últimos años sobre la sociología histórica —cuyos autores son, además, representantes cualificados de la empresa— han subrayado su carácter plural, la coexistencia de múltiples proyectos y ejecutorias en el seno de una empresa común. Se identifican así escuelas o variantes que se delimitan utilizando criterios no siempre coincidentes. Con todo, como veremos, el cuadro resultante es bastante coincidente.

Voy a dar cuenta de estas tipologías, aunque de forma sumaria. Lo que me interesa en ellas son los problemas implícitos detectados. Intentaré, a partir de la reconstrucción de tales problemas, producir un cuadro sistemático que acomode las propuestas existentes y las sitúe en una nueva perspectiva que, a mi entender, es más fructífera y clarificadora.

Dos variables fundamentales se han utilizado para ordenar la diversidad de sociologías históricas: la comparación y la cambiante presencia de una explícita teorización del material histórico estudiado. Se trata, por lo demás, de variables que han sido combinadas de forma más o menos explícita. Tomando preferentemente en cuenta la comparación, Skocpol y Somers (1980), por un lado, y Tilly (1991: 104 ss.), por el otro, han propuesto, respectivamente, tipologías tripartitas y cuatripartitas. La tipología tripartita de las primeras ordena las variantes de sociología histórica según la comparación: *a)* cumpla simplemente tareas de ejemplificación o demostración; *b)* proporcione el material para distinguir singularidades, o *c)* proporcione las evidencias necesarias para construir generalizaciones con base inductiva⁶. Tilly, por su parte, distingue

⁶ Denominan a estas tres variantes del método comparado en la sociología histórica: 1) Demostración paralela de la teoría (Paige, Eisenstadt), que parte de una teoría y la aplica a múltiples casos, mostrando su capacidad explicativa. 2) Contraste de contextos (Geertz, Bendix),

cuatro variantes según sea el ámbito del material estudiado y el alcance de los conceptos analíticos contruidos. Aquél puede incluir muchos o pocos casos históricos; éste puede ser generalizador o especificador. En razón de estas dos matrices surgen sus cuatro tipos⁷.

La otra vía fundamental para la ordenación de la pluralidad la proporciona la cambiante presencia de la teoría y sus relaciones con la evidencia empírica. Siguiendo este criterio, Skocpol (1984: 362 ss.) ha reargumentado la tipología tripartita que aparecía en su trabajo con Somers. Lo que viene a plantear es que existen tres variantes básicas de sociología histórica según: *a)* sea dominante la aplicación de un modelo teórico a un material histórico más o menos extenso; *b)* el modelo se construya a partir del estudio de ese material, o *c)* haya una resistencia firme a la teorización o la generalización⁸. Más pobre que el esquema de Skocpol, el de Bonnell (1980) se limita a diferenciar básicamente dos corrientes: aquella que utiliza una teoría sistemática de forma explícita y aquella otra que se limita a conceptualizaciones de corto alcance⁹. Por su parte, en un reciente trabajo, McMichael (1990) ha reintroducido una tipología cuatripartita cuyas matrices son dos: los objetivos de la investigación y los objetivos teóricos. Mientras los primeros pueden ser formales o sustantivos, los segundos pueden ser de aplicación de una teoría preexistente o de construcción teórica a partir de la evidencia. Surgen así los cuatro grupos en razón de la combinación de las dos matrices¹⁰.

Por último, son de reseñar las tipologías o mapas propuestos por Smith que intentan retratar, según asegura modestamente, al sociólogo histórico

que parte de la reconstrucción historiográfica cuidadosa de varios casos, mostrando sus diferencias. 3) Análisis macro-causal (Barrington Moore, Skocpol), que parte del método de las concordancias y, sobre todo, las diferencias, para alcanzar generalizaciones inductivas.

⁷ Tilly denomina de la siguiente manera a los cuatro tipos: 1) Comparaciones individualizadoras (Bendix), que tratan de comparar casos específicos de un fenómeno para encontrar sus peculiaridades distintivas. 2) Comparaciones universalizadoras (Skocpol), que intentan mostrar cómo todos los casos de un fenómeno siguen la misma pauta. 3) Comparaciones diferenciadoras (Paige), que tratan de establecer un principio de variación en el seno de un tipo de fenómenos. 4) Comparaciones globalizadoras (Wallerstein), que colocan a los distintos casos comparados como miembros de un común sistema.

⁸ Los tres tipos —cuyo contenido conceptual es muy semejante al de los tipos de Skocpol y Somers (1980)— reciben la siguiente denominación: 1) Sociología histórica teórica o que aplica un modelo general a la historia (Smelser, Erikson). 2) Sociología histórica interpretativa (Bendix). 3) Sociología histórica analítica (Skocpol).

⁹ Aunque distingue estas dos variantes fundamentales, encuadrando en la primera a Smelser y Wallerstein y en la segunda a Bendix y al primer Tilly, distingue también posiciones intermedias (B. Moore), con lo que su propuesta no hace sino anunciar la de Skocpol (1984).

¹⁰ Los cuatro tipos de McMichael son los siguientes: 1) Generalización, caracterizado por la utilización de la comparación para confirmar hipótesis, modelos o teorías. 2) Particularización, en el que se procede a la conceptualización de un caso por medio del análisis típico-ideal. 3) Comparación analítica, que especifica regularidades en casos en que hay variación (diferencias) o convergencia (concordancia). 4) Comparación incorporada (*incorporated*), que utiliza la comparación para la reconstrucción de una configuración histórica concebida como un todo autoconstituido.

como miembro de la tribu del *homo academicus* (Smith, 1991: 156). Propone cuatro mapas presentados de forma independiente en los que se atiende a criterios muy heterogéneos: desde la ubicación académica de los sociólogos históricos y su cambiante compromiso político-moral, hasta sus posiciones frente a la teoría y la historia y sus específicas estrategias explicativas. Surge así una multiplicidad de tipos puros y deslizantes, cuya complejidad no es reducida por medio de una tipología general integradora o, lo que es lo mismo, un mapa de mapas¹¹.

Los resultados de este rápido recorrido han de ser tomados en lo que son: desembocan en tipologías que intentan acotar las variantes fundamentales, sin pretender agotar en los tipos construidos el universo estudiado, pues generalmente se es consciente de que las obras de los distintos autores, o incluso las sucesivas obras de un mismo autor, pueden situarse en posiciones intermedias o deslizantes¹². En cualquier caso, lo interesante de estas propuestas es que, implícita o explícitamente, vienen a ordenar las variantes de sociología histórica en razón de los fundamentales problemas con los que no pueden evitar enfrentarse los que han hecho aportaciones sustanciales al campo. Se trata, básicamente, de tres problemas que plantean dificultades en la construcción textual y en la fundamentación metodológica de la sociología histórica: la narración historiográfica, el análisis sociológico y la comparación interespacial o intertemporal. La hipótesis que quiero proponer es que, siendo éstos los grandes problemas de la sociología histórica, la forma de solucionar su integración en el seno de una obra dotada de unidad genera esas diferencias o variantes que cualquier observador puede detectar.

3. NARRACION, ANALISIS Y COMPARACION: PROBLEMAS TEXTUALES

Constituye un prerrequisito de una obra construida en el campo de la sociología histórica afrontar la articulación de la narración, el análisis y la comparación. Es esto evidente porque en todos los casos nos encontramos con

¹¹ De los cuatro criterios utilizados, los dos primeros se sitúan en la estela de la sociología de Elias: se trata de diferenciar a los sociólogos históricos según su posición de integrados o marginados en el aparato académico (Smith, 1991: 157-158) y según su actitud en relación al compromiso o el distanciamiento (*ibid.*: 158-166). Los otros dos criterios son más cercanos a los utilizados en las tipologías que se acaban de reconstruir. Uno se centra en el modo en que se combina la investigación primaria de fuentes historiográficas, la generalización a partir de fuentes secundarias y la teorización (*ibid.*: 166-168). El otro atiende a la cambiante combinación de cuatro estrategias explicativas básicas: la selección (evolutiva), las contradicciones sistémicas, las capacidades infraestructurales y el recurso a vías dominantes de cambio social (*ibid.*: 168-171).

¹² De forma explícita, las tipologías de Smith, Tilly y Skocpol y Somers presentan múltiples posiciones intermedias más o menos próximas a los «tipos puros». Especialmente interesantes, en este sentido, son los mapas tipológicos que aparecen en Skocpol y Somers (1980: 188 ss.) y en Smith (1991: 156 ss.).

intentos de dar cuenta de un material histórico más o menos extenso (lo cual implica acomodar las posibles narraciones historiográficas), de la mano de una activa utilización del método comparado (que pretende contrastar las múltiples historias que se incorporan) y con la pretensión de no limitarse a la pura narración contrastada de lo ocurrido, sino de ir más allá hacia algún modelo concepuante o explicativo. Si esto es así, entonces el problema mayor consiste en integrar estas tres estrategias. Y digo que es el problema mayor porque, siendo las tres estrategias en sí mismas disputadas, aún mayor es la disputa cuando de lo que se trata es de integrarlas en un proyecto común de conocimiento.

Comencemos por los problemas puramente textuales, entendiendo por éstos los que plantea la construcción de un texto unitario que integre esas tres estrategias discursivas. Es evidente que tanto la comparación de múltiples casos como, sobre todo, una alta densidad analítica rompen la fluidez o seguibilidad del relato historiográfico, pudiendo acabar por fragmentarlo¹³, al quebrar y dificultar las funciones coligadora y totalizadora de las tramas narrativas. Es también evidente que cuanto mayor sea el número de casos comparados, tanto más tenderá el relato historiográfico a perder riqueza informativa o, dicho de otra manera, tanto más tenderá a hacerse genéricamente sinóptico. En razón de estos dos razonamientos podemos esperar que, a un nivel puramente textual, habrá dificultades de integración de análisis, comparación y narración.

La derivación hacia una narración puramente sinóptica, pero, sobre todo, la fragmentación del relato, crean problemas no desdeñables, que no se pueden trivializar como si fueran exclusivamente estéticos¹⁴. Ahora bien, como muestra la evolución de la narrativa del siglo XX (fragmentación de la historia unitaria y ruptura del tiempo lineal del relato)¹⁵, también existen soluciones textuales

¹³ La incidencia del análisis sobre la fragmentación del relato ha sido destacada por Atkinson en el campo de la etnografía. Destaca que la presencia del «discurso» (término que proviene de Benveniste y es traducible, en este contexto, como comentario analítico) da lugar a «narraciones fragmentadas» que se seleccionan en función del comentario que las ilumina: «la significación de los acontecimientos no radica entonces básicamente en su secuencia narrativa, sino en sus relaciones de similitud y diferencia con otras unidades narrativas» (Atkinson, 1990: 126); dicho de otra manera, los relatos analíticamente fragmentados se comparan entre sí para ilustrar la propuesta analítica.

¹⁴ Entre los sociólogos históricos no hay mucha sensibilidad para estos problemas, pasando desapercibidos o resultando, en el mejor de los casos, trivializados. Así, Barrington Moore (1976: 7) o Anderson (1983a: 3) despachan el tema de los límites de la presentación sinóptica de la historia escudándose, respectivamente, en la metáfora del gran mapa útil para ver un territorio desde el aire o en la autoironía de los «diagramas rudimentarios». Por su parte, aunque Skocpol y Somers son conscientes de las dificultades que comporta «encarar el reto de integrar relato descriptivo y argumentos causales», lo trivializan identificándolo con el problema de un texto que puede resultar «anti-estético porque rompe las unidades de tiempo y lugar» (Skocpol y Somers, 1980: 195, 194). En realidad, no es fundamentalmente un problema de estética, sino discursivo.

¹⁵ Véanse los análisis de Ricoeur (1984: 18 ss.) sobre la metamorfosis de la trama en la narrativa moderna en la que «la reflexión sobre las condiciones formales de la producción de esta ficción [narrativa] entra en competición abierta con la motivación realista detrás de la que al principio se había escondido» (*ibid.*: 26); el narrador se sabe constructor de un mundo y por ello no se puede esconder en una conciencia ingenuamente realista.

para resolverlos. Soluciones que, de forma más inconsciente que consciente, aparecen en las obras fundamentales de la sociología histórica.

En relación a la posible fragmentación de la narración, las alternativas que se han utilizado son varias. Una de ellas es la integración de la comparación en un relato que adquiere unidad a un nivel más amplio, convirtiendo a las historias comparadas en casos de una historia en la que se engloban, tal como ocurre con la reconstrucción de la historia del sistema mundial de Wallerstein (1979, 1984a y 1989); otra es la movilización temporal o espacial del relato que incorpora a una historia las restantes historias para separarse de ellas y eventualmente re-encontrarlas, como ocurre con los relatos sobre Estado moderno y ciudadanía de Bendix (1974); otra, por último, es la construcción de historias en paralelo, como ocurre con las historias de los estados absolutistas de Anderson (1983b).

4. NARRACION, ANALISIS Y COMPARACION: PROBLEMAS METODOLOGICOS

Con todo, aunque sean fundamentales, no son los problemas puramente textuales los de más difícil solución. Hay otros que trascienden lo textual, se sitúan en el campo de la metodología y se originan también en esa relación a tres bandas: relación de la comparación y la narración, de la comparación y el análisis y, por último, del análisis y la narración. Analicemos los tres casos, empezando por el primero reseñado.

Si se atiende a la historia del método comparado en la ciencia social, resultará evidente que aquél ha sido utilizado fundamentalmente en investigaciones de comparación básicamente espacial (internacionales o interestatales) en las que se ha hecho típicamente abstracción de la historia. Se trata, por decirlo con Bartolini (1991), de comparaciones sincrónicas, que no han tomado en consideración el otro aspecto posible de la comparación, el diacrónico. En razón de ello, en algunos sociólogos históricos más apegados a la narración historiográfica surgen fuertes reticencias en contra de la comparación, que se identifica sin más con la metodología ahistórica de la política comparada.

Un caso paradigmático lo representa Mann (1991: 52-53, 247-255, 704-708, 737-738, 751), que no ha temido presentar de forma extrema su desconfianza en relación a la comparación: «mi crítica de la metodología de la sociología comparada [...] no es la objeción “típica del historiador” de que cada caso es único. Aunque esto es cierto, no impide la comparación ni la generalización. Es más bien que el análisis comparado también debe ser *histórico*. Cada caso *evoluciona* temporalmente, y esa dinámica misma debe formar parte de nuestra explicación de su estructura» (Mann, 1991: 255). Esa crítica se concreta en detectar tres defectos de la comparación en el marco de una investigación del desarrollo histórico: a) hay poco que comparar; b) las sociedades humanas no

están aisladas, y *c*) la comparación genera tipos ahistóricos al desvincular a las sociedades del tiempo histórico en el que han surgido. Crítica que se acompaña de un elogio de la narración histórica como columna vertebral de la sociología histórica¹⁶. Se muestra así la tensión sustancial entre narración y comparación, tensión que, con todo, no es percibida por la mayoría de los sociólogos históricos, para los que no existe solución de continuidad entre ambas¹⁷.

Si son claras las dificultades de integración de la comparación y la narración, no son menores las que se encuentran cuando se intentan ensamblar la comparación y el análisis teóricamente informado. Las dificultades son viejas y han sido el centro de atención de la literatura sobre comparación en las ciencias sociales —básicamente sociología y ciencia política¹⁸—. Por decirlo con la meridiana claridad de Sartori (1971: 6), estamos ante un triple problema: qué, cómo y para qué comparar. ¿Qué? Algo que sea comparable, huyendo de realidades conceptuales monstruosas (los perro-gatos que resultan de un estiramiento indebido de los conceptos, sobre los que ironiza Sartori [1991: 32 ss.]). ¿Cómo? Por medio de conceptos adecuadamente construidos, utilizando métodos contrastados. ¿Para qué? Evidentemente, para controlar nuestras hipótesis y, si es preciso, reformularlas. Pero éstas son indicaciones tan genéricas que

¹⁶ Propuesta que se hace explícita de la siguiente manera: «El método comparado no brinda ninguna solución a esos problemas [origen de un proceso de cambio], y no porque tenga defectos lógicos o epistemológicos, sino porque, al tratar de los problemas, sencillamente no disponemos de suficientes casos autónomos y análogos. Enfrentados con la realidad empírica, hemos de volvernos pragmáticamente al segundo método, el de la narración histórica minuciosa, tratando de establecer “qué sucedió después” para ver si da la “sensación” de una pauta, de un proceso, o de una serie de accidentes y contingencias. En este caso seguimos necesitando conceptos y teorías amplios, pero explícitos, acerca de cómo funcionan generalmente las sociedades y de cómo se comportan los seres humanos, pero los empleamos en una narración histórica, en busca de continuidades o conjeturas, de pautas o de accidentes. Mi método principal ha sido el de la sociología histórica, no comparada» (Mann, 1991: 707). Dos comentarios: como subraya el historiador Wickham (1991: 237), «Mann está probablemente reaccionando de forma desmedida a las comparaciones estáticas y esquemáticas llevadas a cabo por otros en la propia disciplina [sociología]»; por otro lado, cualquier lector del libro de Mann puede comprobar que, a pesar de ese rechazo programático, la comparación anima la construcción de sus argumentos fundamentales. En realidad, la crítica de Mann habría que tomarla más como un rechazo de la centralidad de la comparación que como la propuesta de su erradicación.

¹⁷ Representativo en este sentido es Tilly, para el que, de forma natural, del análisis histórico y la comparación habrán de surgir generalizaciones que concibe como «generalizaciones con una base histórica [...], aquellos enunciados que se refieren a épocas y zonas concretas, que especifican las causas, que recogen la diversidad entre un suceso y otro dentro de su ámbito espacio-temporal y que son consistentes con la evidencia de que se dispone para ese tiempo y ese lugar»; o concretando más su propio proyecto: «nuestra tarea consiste [...] en acomodar descripciones de estructuras y procesos específicos de sistemas mundiales concretos a generalizaciones apoyadas en datos históricos y relativas a esos sistemas mundiales» (Tilly, 1991: 81-82, 97).

¹⁸ Hay una abundante literatura en este campo que, partiendo de los problemas planteados por la política comparada, se ha ido acercando progresivamente a los de la sociología histórica. Los textos fundamentales son: Przeworski y Teune (1970), Sartori (1971), Lijphart (1971), Smelser (1976), Stinchcombe (1978), Ragin y Zaret (1983), Ragin (1987), Oyen (1990) y Sartori y Morlino (1991).

poco resuelven. Hemos de ver en qué medida han sido encaradas en el campo de la sociología histórica y con qué resultados.

El qué plantea el problema del objeto analíticamente relevante de la comparación. Evidentemente, depende de lo que estemos estudiando: la historia del poder (Mann), las distintas vías de la modernización (B. Moore), el proceso de construcción de estados nacionales (Bendix) y/o el concomitante de capitalización (Tilly), las revoluciones sociales (Skocpol), la génesis y dinámica de la economía mundial capitalista (Wallerstein), etc. ¿Qué comparar en tales casos? Explícita o implícitamente, lo que se comparan son naciones o Estados, y es aquí donde comienza el problema. En su forma más clara se hace manifiesto como crítica del nacionalismo o estatalismo metodológico¹⁹. Aunque no está generalizada, aparece, apoyada con distintos argumentos, en las obras de Mann (1991: 28 ss.), Tilly (1991: 37 ss.) y Wallerstein (1984b: 1-2; 1990a: 157-167; 1990b: 406-409). Lo que se aduce es que, en el estudio del poder, del proceso de mutuas implicaciones de desarrollo del capitalismo y construcción de estados nacionales o de la génesis y desarrollo de la economía mundo, es estéril utilizar como unidades de comparación y análisis las sociedades o estados nacionales. Habrá que optar por otras unidades cambiantes históricamente (Tilly), por unidades no solapadas y de límites transnacionales (las redes de poder de Mann)²⁰ o por construir el concepto de un sistema mundial en el que se integran las aparentes unidades nacional-estatales (Wallerstein). El problema es, pues, importante y queda todavía en la agenda de los sociólogos históricos brindarle soluciones operativas.

El problema del cómo ha recibido una atención limitada a pesar de su extrema importancia. La vigilancia metodológica se limita a recuperar los cánones de Mill, como se muestra en la aproximación al tema que hace Skocpol (1984: 376 ss.). Y, así, el problema de cómo comparar se resuelve reivindicando el canon de la concordancia (qué tiene en común una multiplicidad de casos que, en otros aspectos, muestran diferencias) y, sobre todo, el de la diferencia (en qué difiere una multiplicidad de casos que, en otros aspectos, muestran semejanzas). Lo que queda claro es que se ha sido poco reflexivo en relación al problema de base: cómo comparar casos históricamente sucesivos, ya sean de una misma sociedad, ya de distintas sociedades, evitando el peligro

¹⁹ La expresión aparece en Martins (1992: 226): «un tipo de nacionalismo metodológico [...] se impone en la práctica, con la comunidad nacional como unidad terminal y condición límite en la demarcación de los problemas y los fenómenos de las ciencias sociales». El problema no se soluciona hablando de los sistemas internacionales, sino que se agudiza, pues «la teoría de los sistemas internacionales [...] no va totalmente en contra del nacionalismo metodológico, más bien lo apoya al interpretar las Naciones-Estado como jugadores “puntuales” racionales o actores sociales normativamente orientados» (*ibid.*: 227). Lo que así se descuidan son los fenómenos transnacionales o la perspectiva propia de la globalización.

²⁰ Al hilo de esta alternativa, Mann extrema sus propuestas hasta hacerlas provocativas: «No existe un concepto maestro ni una unidad básica de la “sociedad”. Es posible que parezca una actitud extraña para un sociólogo, pero si yo pudiera aboliría totalmente el concepto de “sociedad”» (Mann, 1991: 15).

de la multicolinealidad histórica (Bartolini, 1991: 197) —es decir, que todas las series temporales estén fuertemente asociadas, de forma que no estemos ante casos independientes— o evitando el llamado problema de Galton (Lijphart, 1975: 171) —es decir, la interferencia de un proceso de difusión de una sociedad a otra.

En cualquier caso, cuando se disparan los problemas y las discusiones es a la hora de afrontar la pregunta clave: para qué comparar. En este caso, de lo que se trata es de afrontar de manera directa las relaciones conflictivas entre comparación y análisis.

En este contexto, Bonnell (1980: 164-166) plantea que hay dos tipos de comparaciones características de la sociología histórica: las ilustrativas y las analíticas. Se trata de una buena pista para afrontar las relaciones entre la comparación y el análisis. En realidad, lo que se viene a decir es que, en unos casos, se parte de teorías o, más modestamente, de modelos previos para intentar ilustrarlos por medio de comparaciones; la comparación se puede considerar aquí escaparate o banco de prueba de una teoría. En otros casos, la comparación es el punto de partida para llegar, finalmente, a la construcción de algún modelo teórico o, simplemente, de alguna generalización de corto o medio alcance; la comparación se puede considerar, en tales circunstancias, la palanca o pista de despegue para el análisis. Por lo demás, tras el enfrentamiento de estas dos estrategias comparativas se esconde el de dos maneras de relacionar evidencia empírica y elaboración teórica: en el primer caso, se hace según la lógica del modelo hipotético-deductivo; en el segundo, según la de la inducción. Consecuentemente, el primero subordina la comparación al análisis, mientras que el segundo subordina el análisis a la comparación.

Sólo en el caso de que se apueste por modelos teóricos potentes y generales se procede a seguir la primera vía. Los ejemplos los brindan aquellos sociólogos históricos que se sitúan en la estela de dos de ellos: el estructural-funcionalismo (Smelser, Eisenstadt) y el materialismo histórico (Wallerstein, Anderson)²¹. En estos casos, como se parte hipotético-deductivamente del marco proporcionado por una teoría general, la comparación tiende a subordinarse al análisis y cumple una función preferentemente ilustrativa.

No ocurre así en las trayectorias de otras sociologías históricas que, paradójicamente, se han dado en denominar analíticas. El caso lo ejemplifica Skocpol (1984: 374 ss.). Desconfiando de las construcciones teóricas de largo alcance y pretendiendo utilizar la evidencia empírica para poner a prueba las distintas

²¹ Es evidente que la clasificación de Anderson en este casillero no deja de ser problemática. Es él quien subraya ser contrario a «un materialismo ciego para el color, incapaz de apreciar el verdadero y rico espectro de las diversas totalidades sociales dentro del mismo arco temporal de la historia» (Anderson, 1983b: 413), intentando dar cuenta de su objeto (el absolutismo europeo) «simultáneamente “en general” y “en particular”» (*ibid.*: 1). Con todo, como subrayan Fulbrook y Skocpol (1984: 197-202), en la aproximación de Anderson persiste un decisivo evolucionismo que le permite contrastar la variada historia con el modelo de su desarrollo «teóricamente» normal, lo que permite ubicarlo en esta variante.

hipótesis disponibles sobre un determinado campo (el Estado, las revoluciones), se confía en los resultados arrojados por el método comparado como base para generalizaciones inductivas de alcance histórico limitado. Consecuentemente, la comparación se convierte en el elemento fundamental, al que se subordina la arquitectura analítica de la investigación y las propuestas teóricas.

Es lógico que esta apuesta conjunta por la comparación y las generalizaciones inductivas haya recibido críticas desde los sectores de la sociología más proclives a la construcción teórica. Y, así, Kiser y Hetcher (1991) organizan un proceso contra el entero proyecto de la sociología histórica (que identifican con el protagonizado por Skocpol) criticando su inmadura e injustificada desconfianza en relación a la teoría («los sociólogos históricos tienden a desplazarse de argumentaciones en contra de teorías *específicas* hacia argumentaciones contra la *teoría en general*») (Kiser y Hetcher, 1991: 2) y la fragilidad de sus generalizaciones inductivas (ya que hay pocos casos que comparar, no constituyen una muestra representativa, no son independientes entre sí, falta un criterio teórico para seleccionar la evidencia relevante, etc.) (*ibid.*: 12-15)²².

Resulta, pues, que las relaciones entre comparación y análisis no son lo pacíficas que algunos esperaban que fueran y que la apuesta mayoritaria de los sociólogos históricos a favor de las generalizaciones inductivas los enfrenta con los problemas generales de la inducción como base de partida de la construcción teórica. Los problemas surgen también cuando se abordan las relaciones entre el análisis y la narración, como se comprobará a continuación.

He propuesto anteriormente que los textos fuertemente analíticos tienden, naturalmente, a fragmentar la narración. Esto ocurre tanto en los que tienen un formato hipotético-deductivo como en los inductivos. Es ésta la razón de que las corrientes teóricas más decididamente narrativistas se hayan enfrentado a las más analíticas, aduciendo dos argumentos fundamentales que entran de lleno en el tema debatido: un argumento crítico y otro constructivo. El argumento crítico reprocha el uso restringido del tiempo en la sociología analítica²³

²² Véase la defensa de la sociología histórica en contra de estas críticas en el trabajo de Quadagno y Knapp (1992); defensa que se puede resumir en el siguiente texto sintomático del núcleo duro de lo que se está discutiendo: «Los sociólogos históricos han dejado de lado las leyes generales porque esas explicaciones invariantes niegan la naturaleza fundamentalmente histórica y temporal de los acontecimientos históricos, se equivocan al especificar los criterios que ponen en conexión la evidencia empírica con los conceptos teóricos y corren el riesgo de seleccionar arbitrariamente evidencia exclusivamente confirmatoria» (Quadagno y Knapp, 1992: 496).

²³ En este sentido, argumenta Griffin que «las explicaciones causales de los contextualistas [Skocpol y cía.] no tienen nada que ver intrínsecamente con el despliegue secuencial o el movimiento histórico por el tiempo [...] *En sus raíces, la lógica de esas explicaciones es la misma que la que emplean la mayoría de los sociólogos ahistóricos* [...]». Secuencia, orden y contingencia son con frecuencia utilizados (a veces brillantemente) en las *descripciones* de los acontecimientos analizados por los contextualistas, pero tales aspectos de la temporalidad apenas son mantenidos como aspectos integrales de sus *explicaciones causales*» (Griffin, 1992: 412-413). Lo temporal se convierte, pues, en algo subordinado o irrelevante y es evidente que, como ha demostrado hasta la saciedad Ricoeur (1983, 1984 y 1985), tiempo y narración son dos caras de un mismo discurso.

y muestra las servidumbres que eso comporta²⁴. El argumento constructivo se concreta en la apuesta por una sociología narrativa en la que la narración sustituya radicalmente a cualquier otra estrategia discursivo-explicativa. Proyecto que se fundamenta en la pretensión —característica del positivismo narrativo, como se destacó en su momento— de que las coligaciones narrativas son ya, en sí mismas, tipos de explicaciones²⁵.

La posición narrativista es más atendible en su *pars destruens* que en la constructiva. Tiene razón al aducir que la presencia segregada del análisis se proyecta destructivamente sobre la narración; ahora bien, su propuesta se debilita cuando desemboca en la postulación de una narración absolutizada y auto-suficiente. En contra de esto, son atendibles las objeciones antinarrativistas de un sociólogo tan próximo a las posiciones narrativistas como Abrams o las críticas de Skocpol al «holismo descriptivo» y al «determinismo genético» que, excluyendo la presentación explícita de las argumentaciones explicativas, consigue que «pasen de contrabando [*smuggle*], al hilo de sus narraciones de casos, explicaciones teóricas implícitas» (Skocpol, 1984: 192-193). En efecto, ¿por qué hemos de ocultar o hacer implícito aquello que podríamos presentar de forma clara y pública? El problema no es si se deben sustituir mutuamente la narración y la explicación, sino cómo pueden convivir ambas.

Llegados a este punto del análisis, es preciso fijar los resultados obtenidos. Se han podido comprobar las dificultades de articulación de las tres estrategias de producción de conocimiento que informan a la sociología histórica: la narración, el análisis y la comparación. Se ha visto que esas dificultades comenzaban al nivel puramente textual y que, al hilo de esto, aparecían profundos problemas metodológicos. Por otro lado, se ha constatado también que los sociólogos históricos son sensibles a ellos y que, en última instancia, sus distintas posiciones en relación a estos temas podrían ser la clave para dar

²⁴ La servidumbre fundamental consiste en sacrificar el potencial explicativo de la narración y, así, Griffin argumenta que «al “romper” deliberadamente las unidades narrativas de tiempo y lugar, como los contextualistas han de hacer para construir generalizaciones [...], el potencial poder explicativo de la información *interna* a las particulares secuencias resulta minimizado o totalmente dejado de lado» (Griffin, 1992: 412). En consecuencia, las historias narrativas, al estar fragmentadas, dejan de hacer inteligible el acontecer histórico.

²⁵ Para hacer justicia a esta propuesta hay que tomar en consideración: *a*) qué se entiende por narración; *b*) en qué sentido la narración ha de primar en el estudio de lo histórico, y *c*) cuál es el estatuto lógico de la narración. En relación a lo primero, se entiende por narración «la representación [*portrayal*] de los fenómenos sociales como “historias” [*stories*] temporalmente ordenadas, secuenciales, en despliegue [*unfolding*] y abiertas [*open-ended*], cargadas de coyunturas y contingencias» (Griffin, 1992: 405; cf., también, Abbot, 1992: 428). Sobre la realidad histórica se dice que se despliega en forma de secuencias, contingencias y singularidades, es decir, de forma episódica, y que esas características «han de ser incorporadas a la lógica misma de la explicación de los acontecimientos» (Griffin, 1992: 415), lo que supone narrativizarlos. Por último, se supone que la narración propiamente dicha integra ya, sin más, la explicación: «la narración es tanto una forma retórica como una forma genérica, forma lógica de explicación que une la descripción teorizada de un acontecimiento con su explicación» (*ibid.*: 419), lo que se fundamenta en una concepción lógico-explicativa de las coligaciones narrativas (*ibid.*, 417).

cuenta de su diversidad. Es ésta la hipótesis que quiero utilizar a continuación.

5. LA PARADOJA DE LA SOCIOLOGIA HISTORICA

El título de este epígrafe puede parecer excesivo o ser interpretado como el tópico punto de partida para una empresa de descalificación. No creo que sea lo primero y, desde luego, no es mi intención lo segundo. Si mantengo que hay una paradoja constitutiva de la sociología histórica es porque ésta se mantiene, y no puede evitar hacerlo, en el interior de un círculo que resulta contradictorio. Por un lado, ha de integrar análisis, narración y comparación; por el otro, no llega jamás a hacerlo. Ha de hacer lo primero porque en eso consiste su apuesta —y podemos, además, asegurar que se trata de una apuesta interesante y plausible—. Pero no puede conseguir esa integración porque los elementos que se quieren poner juntos se resisten a un cómodo ensamblaje. Al final, resulta una situación paradójica: ni contigo, ni sin ti.

Ahora bien, el hecho de que la empresa resulte paradójica no debería llevarnos a descartarla; todo lo más, indica la tensión interna que la dinamiza y pluraliza. En efecto, todos los que entran en esa línea de investigación han intentado —ya sea programáticamente, ya sea de hecho— operar la integración buscada y podemos asegurar que, por lo menos en sus manifestaciones más fructíferas, han llegado a proponer un modelo de integración. Sin embargo, sus propuestas están abiertas a críticas fundamentadas que se podrían reconstruir en dos líneas argumentales: la crítica de la ausencia y la crítica del sacrificio desmedido.

La primera dice básicamente que se echa en falta algo: no hay (suficiente) teoría, no hay (suficientes) datos historiográficos, no hay (suficiente) contrastación comparada. La segunda se construye mostrando el desmedido sacrificio que ha tenido que sufrir al menos uno de los elementos en beneficio de algún otro: la narración en aras de la explicación, o ésta en aras de la comparación, etcétera. Digo que las críticas están fundamentadas y es que, en verdad, se echa siempre en falta algo o se percibe un cierto sacrificio. ¿Por qué? Por el carácter autotruncado y heroico de la empresa: un querer llegar a un punto que no se puede alcanzar, pero que es una tarea en la que hay que perseverar.

Vayamos a niveles más concretos. Si mi hipótesis es plausible, las distintas sociologías históricas se caracterizarán: *a)* por acordar una cierta presencia a los tres elementos que las definen; *b)* por intentar integrarlos, y *c)* por operar esa integración sobre la base de la preeminencia de alguno de ellos. Si esto es así, entonces —en seguimiento de la propuesta *c)*— podremos distinguir al menos tres grandes corrientes: una que se constituye privilegiando lo analítico y es muy explícita en la presentación de sus señas teóricas de identidad; otra que lo hace privilegiando la comparación y a ello subordina sus marcos analíticos y narrativos; una última que privilegia la narración y convierte en subordinados

el análisis y la comparación. Como, por otra parte, estamos estudiando conjuntos formados por tres miembros —propuestas *a)* y *b)*— y estamos tematizando sus relaciones internas de orden, podemos ser más específicos y discriminar cómo se sitúan los otros dos miembros cuando se acuerda privilegio a un tercero. El resultado al que llegamos resulta ser un saber puramente taxonómico, lo que, no siendo mucho, tampoco es despreciable, pues nos orienta doblemente: en relación a las variantes y, sobre todo, en relación a los problemas fundamentales que están por detrás de ellas. El cuadro resultante (en el que la secuencia se construye según el orden de preeminencia) es el siguiente:

1. (a) *Análisis*, comparación, narración.
(b) *Análisis*, narración, comparación.
2. (a) *Comparación*, análisis, narración.
(b) *Comparación*, narración, análisis.
3. (a) *Narración*, análisis, comparación.
(b) *Narración*, comparación, análisis.

Esta taxonomía es operativa si se atiende cabalmente al argumento de que surge, es decir, el conjunto formado por las propuestas *a)*, *b)* y *c)* que se fijó anteriormente. Supone entonces que la preeminencia secuencial de los elementos no implica la anulación de los subordinados y que en esto consiste justamente la característica genérica de la sociología histórica. Siempre encontraremos, pues, elementos analíticos, comparativos y narrativos, sólo que en grados y combinaciones distintos. Por otro lado, la inmediata organización textual de las distintas obras no es clave suficiente para dar cuenta de su estructura textual profunda. Los textos pueden tener una organización argumental semejante y, sin embargo, ser casos de estructuras textuales y metodológicas distintas. Y, así, aun cuando los textos de Anderson (1983*a* y *b)*, Mann (1991) y Tilly (1992) aparezcan organizados de forma semejante (una introducción teórico-conceptual que fija el problema y las vías de solucionarlo, seguida de narraciones y comparaciones y cerrada con consideraciones finales), resultan ser casos de combinaciones muy distintas que suponen estructuras textuales y metodológicas que no se han de confundir.

Para ilustrarlo voy a hacer un rápido recorrido por obras representativas de cada una de las modalidades, es decir, que se acomodan preferentemente a uno de los tipos. Utilizaré, por lo demás, obras que son punto de referencia de distintos tipos de sociología histórica en distintos momentos del tiempo.

Un ejemplo del primer tipo (*análisis*, comparación, narración) lo brinda *Los sistemas políticos de los imperios*, de Eisenstadt (1966). La estructura fundamental de la obra muestra que se parte de una teoría general de los sistemas políticos y que, en su marco, se quiere explorar una variante regional, la de los sistemas burocráticos históricos. En razón de esto, el marco analítico predefinido se aplica a, y resulta ilustrado por, un heterogéneo material histórico en el que, sin embargo, la historia se encuentra muy difuminada. Esto resulta de la

orientación comparativa preferentemente espacial o sincrónica que hace que se dejen de lado las diferencias en el tiempo histórico de las unidades comparadas y no se proceda a compararlas diacrónicamente. En razón de esto, la narración resulta fragmentada y adquiere un papel claramente subordinado en toda la exposición.

Un caso parcialmente distinto lo representa Wallerstein (1979, 1984a y 1989) en su obra-río *El moderno sistema mundial*. En su introducción al primer volumen nos advierte de su disgusto frente a las teorías hegemónicas de la modernización y frente al comparatismo teóricamente ciego. Lo que propone es que hay que abordar una historia multiseccular de un sistema que es único a pesar de su aparente dislocación interna. Y para dar cuenta de ese sistema precisa contar previamente con la teoría que lo hace inteligible²⁶. En razón de eso, la obra de Wallerstein se articula según la secuencia característica del tipo 1.(b): se parte de la teoría del sistema mundial o economía mundo (distinguiendo su núcleo, su periferia, su semiperiferia y su entorno externo), para proceder a contar una historia que da cuenta, narrativamente, del desarrollo, la expansión y la mundialización de ese ente teórico. La comparación se subordina a las necesidades de esa historia teóricamente informada. He aquí, pues, un caso de *Análisis*, narración, comparación.

Si atendemos a la obra fundamental de Skocpol (1797), *Los Estados y las revoluciones sociales*, el cuadro que encontramos es muy diferente. Ciertamente, Skocpol parte también de una revisión de la literatura antecedente y muestra, además, su disgusto por sus debilidades para dar cuenta de las revoluciones sociales, pero lo que es decisivo en la estructura profunda de la obra es su apuesta por el método comparado de las diferencias y las concordancias que le permite poner a prueba las hipótesis más probables y llegar a generalizaciones inductivas. En razón de esta preeminencia de la comparación —que se convierte en generadora de ese discurso analítico que, al hilo de ella, se va definiendo—, la narración queda convertida en una serie —entrelazada analíticamente— de cuadros fragmentados o instantáneas históricas, que mantienen una posición claramente subordinada. En razón de ello, podemos asegurar que estamos ante un caso de esa variante de la sociología histórica que se construye básicamente según la secuencia *Comparación*, análisis, narración. El caso representado por Tilly (1992) no difiere de éste.

El tipo 2.(b) lo presento como un conjunto vacío, pues no se acomoda, a mi entender, a ninguna de las investigaciones fundamentales de la sociología histórica. Se aproxima a lo apuntado como alternativa en el artículo metodoló-

²⁶ La posición general de Wallerstein queda clara en la siguiente reflexión metodológica general: «Desde el punto de vista de lo que hemos venido llamando ciencia social histórica planteamos la cuestión de si no debería invertirse el método de ir de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo universal. Quizá la ciencia social histórica deba *comenzar* con lo abstracto e ir desde ahí a lo concreto, terminando con una interpretación coherente con los procesos de los sistemas históricos concretos, interpretación que explique de forma plausible por qué siguieron un determinado camino histórico» (Wallerstein, 1990b: 416-417).

gico de McMichael (1992), ya que lo que llama «comparación integrada» es un intento de sintetizar orientaciones de Wallerstein y Tilly de forma que se parta de la comparación de un complejo multipartito para alcanzar después su integración en el seno de una narración unificada. Como no he podido consultar los trabajos de investigación sustantiva de McMichael, no puedo asegurar que ese modelo de estructuración informe realmente su sociología histórica sustantiva.

Caso distinto es el que proporciona Mann (1991) en *Las fuentes del poder*. El libro se abre con un capítulo introductorio en el que se realiza una crítica de las teorías del poder y se esboza una alternativa que se presenta como provisional a la espera de que la narración histórica la asegure y enriquezca. Explícitamente, Mann propone la metáfora del zig-zag²⁷ para dar cuenta de las relaciones entre los elementos analíticos y los narrativos, pero en el desarrollo de la obra hace siempre una preferente inversión de confianza en lo narrativo que ha de desvelar, a partir de sí mismo, las pautas y modelos de valor teórico. En este juego entre análisis y narración, la comparación, que a pesar de las declaraciones contrarias de Mann no desaparece, ocupa un lugar muy subordinado. La secuencia que da cuenta de la estructura de la investigación se acomoda, pues, al tipo 3.(a): *Narración*, análisis, comparación.

Por último, se puede utilizar *Las luchas campesinas del siglo XX*, de Wolf (1973), como uno de los ejemplos posibles del tipo 3.(b). Introducido con un ascético prefacio y concluido con unas conclusiones de reflexión interpretativa sobre las pautas que surgen del material brindado, el libro se despliega como una serie de narraciones históricas sucesivas que van dando cuenta de la historia de las distintas sociedades estudiadas. Se supone que es el lector el que, a partir del material brindado por las narraciones, ha de integrarlas comparativamente. Por su parte, el momento analítico se subordina a las narraciones y la comparación que éstas hacen posible. Se trata de una clara ejemplificación de una secuencia del tipo *Narración*, comparación, análisis. Otro caso, aunque tal vez menos marcado, lo proporciona Bendix (1974).

Esta taxonomía es tan sólo una de las posibles. Se ha construido con dos objetivos: mostrar una de las formas de combinación de los elementos integrantes de la sociología histórica y subrayar la relevancia de tales elementos y las dificultades para establecer un modelo único de integración. Si digo que es una de las formas posibles es porque explota tan sólo una de las posibilidades combinatorias, tal vez la más rígida: la del orden secuencial lineal. Pero es evidente que hay otras combinaciones posibles, entre las cuales se encuentra la

²⁷ Mann enuncia un dilema entre historia y teoría («el prestar una atención demasiado erudita a los datos produce ceguera; el escuchar excesivamente los ritmos de la teoría y de la historia universal produce sordera») que soluciona en términos de un zig-zag entre ambas, en el que el punto de partida es claramente narrativo: «Seleccionamos nuestros datos, vemos si confirman o refutan nuestras intuiciones teóricas, ajustamos éstas, acopiamos más datos y seguimos zigzagueando entre la teoría y los datos hasta que establecemos una explicación plausible de cómo “funciona” tal sociedad, en tal momento y en tal lugar» (Mann, 1991: 9-10).

puramente circular. Es más, si el punto de partida es la constatación de una paradoja y de esa paradoja, a pesar de su circularidad «viciosa», se ha dicho que es fructífera, pues dinamiza y pluraliza la empresa de la sociología histórica, entonces parece que el modelo circular ha de resultar el más operativo y realista. Se trata de construir un espacio cerrado de relación de los tres elementos, a lo largo del cual y en razón de las distintas re-voluciones, los elementos se van interpenetrando, rompiendo así con el modelo de su rígida relación lineal. Ya Skocpol y Somers (1980: 188 ss.) y Smith (1991: 156 ss.) han construido modelos clasificatorios de este tipo; sólo habría que reacomodarlos a las indicaciones que surgen de las argumentaciones anteriores.

Quiero resaltar que, en última instancia, lo relevante no es tanto fijar tipos de articulaciones y ver si encaja punto por punto una pluralidad de obras, sino más bien fijar las reglas del juego que inevitablemente se ha de jugar. Ese juego es el de la acomodación armónica —altamente improbable— del análisis, la narración y la comparación. Es ésta la tesis sustantiva que resulta de las páginas antecedentes.

6. A MODO DE CONCLUSION

Retratando la situación de la ciencia política, Panebianco (1991) proponía que se caracterizaba por la escisión entre una corriente ciegamente empírica y otra estratosféricamente teórica que disputaban entre sí, definiendo un campo de batalla radicalmente estéril. Como única mediación se apuntaba una política comparada que intentara acomodarse a los requerimientos de ambas partes y en la que Panebianco suponía el único futuro viable de la disciplina. Este retrato se puede proyectar sobre la situación de los estudios sobre el Cambio Social.

La diferencia que enfrenta a la historia y la sociología —en cuanto que disciplinas igualmente interesadas en el estudio del cambio social— se puede reconducir a la existente entre discurso narrativo y discurso analítico, con sus respectivas proyecciones en el campo de la temporalidad y de la metodología. Hay que subrayar, por otra parte, que tal diferencia no crea abismos insalvables y, sobre todo, no impide, sino que clama a favor de, un diálogo interdisciplinar. Ese diálogo se ha materializado en el proyecto de la sociología histórica, proyecto que se ha dinamizado y enriquecido de forma notable desde finales de la década de los setenta. Ahora bien, la sociología histórica enfrenta problemas no desdeñables. Se trata, evidentemente, de intentar alcanzar una mediación similar a la postulada por Panebianco. También en este caso la articulación de las corrientes más marcadamente históricas (y consecuentemente narrativistas) y las corrientes más marcadamente sociológicas (y consecuentemente analíticas) se ha intentado concretar por medio de la comparación. Ahora bien, lejos de que tal mediación desemboque en el Gran Domingo hegeliano del saber absoluto y la armonía ecuménica, lo que da de sí es una

articulación triplemente problemática (por las lógicas inherentes a cada uno de los elementos a ensamblar y su mutuo rechazo) que, sin embargo, no bloquea la empresa, sino que la dinamiza y enriquece.

Dicho esto, es de esperar que en los próximos años la sociología histórica siga desarrollándose, acomodando en su interior nuevos paradigmas teóricos y ampliando su campo de investigaciones sustantivas. En definitiva, ha de convertirse en la columna vertebral de los estudios sobre el Cambio Social, posibilidad que ya ha demostrado fehacientemente en algunos campos cruciales: piénsese tan sólo en la renovación introducida en el estudio de las revoluciones sociales, de la construcción de Estados o de la génesis de la sociedad industrial o el capitalismo.

BIBLIOGRAFIA

- ABBOT, A. (1992): «From causes to events. Notes on narrative positivism», *Sociological Methods and Research*, 20 (4): 428-455.
- ABRAMS, P. (1982): *Historical Sociology*, Sommerset, Open Books.
- AMINZADE, R. (1992): «Historical Sociology and Time», *Sociological Methods and Research*, 20 (4): 456-480.
- ANDERSON, P. (1983a): *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI.
- (1983b): *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI.
- ATKINSON, P. (1990): *The Ethnographic Imagination*, London, Routledge.
- BARTOLINI, S. (1991): «Tempo e ricerca comparata», en G. Sartori y L. Morlino (eds.), 1991: 165-210.
- BENDIX, R. (1974): *Estado nacional y ciudadanía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BONNELL, V. E. (1980): «The Uses of Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2): 156-173.
- EISENSTADT, S. N. (1966): *Los sistemas políticos de los imperios*, Madrid, Revista de Occidente.
- FULBROOK, M., y SKOCPOL, T. (1984): «Destined Pathways: the Historical Sociology of Perry Anderson», en T. Skocpol (ed.), 1984: 170-210.
- GOLDTHORPE, J. H. (1991): «The uses of history in sociology: reflections on some recent tendencies», *British Journal of Sociology*, 42 (2): 211-230.
- GRIFFIN, L. (1992): «Temporality, Events and Explanation in Historical Sociology: An Introduction», *Sociological Methods and Research*, 20: 403-427.
- JULIÁ, S. (1989): *Historia Social/Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- KISER, E., y HETCHER, M. (1991): «The role of general theory in comparative-historical sociology», *American Journal of Sociology*, 97 (1): 1-30.
- LJPHART, A. (1971): «Comparative Politics and the Comparative Method», *American Political Science Review*, 65 (3): 682-693.
- (1975): «The Comparable-Cases Strategy in Comparative Research», *Comparative Political Studies*, 8 (2): 158-177.
- MANN, M. (1991): *Las fuentes del poder social I*, Madrid, Alianza.
- MARTINS, H. (1992): «Tiempo y teoría en sociología», en R. Ramos (comp.), 1992: 183-242.
- McMICHAEL, P. (1990): «Incorporating Comparison Within a World-Historical Perspective: An Alternative Comparative Method», *American Sociological Review*, 55: 385-397.
- MOORE, B. (1976): *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Peninsula.

- OYEN, E. (1990): *Comparative methodology*, London, Sage.
- PANEBIANCO, A. (1991): «Comparazione e spiegazione», en G. Sartori y L. Morlino (eds.), 1991: 141-164.
- PARAMIO, L. (1986): «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38: 1-18.
- PRZEWORSKI, A., y TEUNE, H. (1970): *The Logic of Comparative Social Inquiry*, New York, J. Wiley.
- QUADAGNO, J., y KNAPP, S. J. (1992): «Have historical sociologists forsaken theory? Thoughts on the history/theory relationship», *Sociological Methods and Research*, 20 (4): 481-507.
- RAGIN, C. (1987): *The Comparative Method: Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, Berkeley, Un. of California Press.
- RAGIN, C., y ZARET, D. (1983): «Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies», *Social Forces*, 61, 3: 731-754.
- RAMOS, R. (comp.) (1992): *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS.
- RICOEUR, P. (1983): *Temps et récit I*, Paris, Seuil.
- (1984): *Temps et récit. II. La configuration dans le récit de fiction*, Paris, Seuil.
- (1985): *Temps et récit. III. Le temps raconté*, Paris, Seuil.
- SARTORI, G. (1971): «La politica comparata: premesse e problemi», *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 1: 7-66.
- (1991): «Comparazione e metodo comparato», en G. Sartori y L. Morlino (eds.), 1991: 25-46.
- SARTORI, G., y MORLINO, L. (eds.) (1991): *La Comparazione nelle Scienze Sociali*, Bologna, Il Mulino.
- SKOCPOL, T. (1977): «Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique», *American Journal of Sociology*, 82: 1975-1990.
- (1979): *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (ed.) (1984): *Vision and Method in Historical Sociology*, New York, Cambridge University Press.
- SKOCPOL, T., y SOMERS, M. (1980): «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2): 174-197.
- SMELSER, N. J. (1976): *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs (N.J.), Prentice Hall.
- SMITH, D. (1991): *The Rise of Historical Sociology*, Cambridge, Polity Press.
- STINCHCOMBE, A. L. (1978): *Theoretical Methods in Social History*, New York, Academic Press.
- TILLY, C. (1981): *As Sociology Meets History*, Orlando, Academic Press.
- (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza.
- (1992): *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, Madrid, Alianza.
- WALLERSTEIN, I. (1979): *El moderno sistema mundial I*, Madrid, Siglo XXI (ed. original, 1974).
- (1984a): *El moderno sistema mundial II*, Madrid, Siglo XXI (ed. original, 1980).
- (1984b): *The Politics of the World-Economy*, Cambridge, Cambridge Un. Press.
- (1989): *The Modern World-System III*, New York, Academic Press.
- (1990a): «Social Development or Development of the World-System?», en M. Albrow y E. King (eds.), *Globalization, Knowledge and Society*, London, Sage: 157-171.
- (1990b): «Análisis de los sistemas mundiales», en A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza: 398-417.
- WICKHAM, C. (1991): «Materialismo histórico, sociología histórica», *Zona Abierta*, 57-58: 217-242.
- WOLF, E. R. (1973): *Las luchas campesinas del siglo xx*, Madrid, Siglo XXI.
- ZARET, D. (1980): «From Weber to Parsons and Schutz: The Eclipse of History in Modern Social Theory», *American Journal of Sociology*, 685 (5): 1180-1201.

RESUMEN

En este trabajo se pasa revista a los problemas de identidad de la sociología histórica, dando cuenta de sus distintas variantes. Fijado el problema estratégico que tiene que resolver como el de la integración textual y metodológica del relato historiográfico, la comparación y el análisis teóricamente informado, se reconstruyen las dificultades que se encuentran y las estrategias que han ido apareciendo para resolverlo, resaltando, como conclusión final, el carácter paradójico de esa empresa de integración.

ABSTRACT

This study reviews the identity problems of the historical sociology reporting on its different variants. After establishing the strategical problem it has to solve, i.e. textual and methodological integration of historiographic narrative, comparison and theoretically informed analysis, the encountered difficulties and upcoming strategies to solve it are reconstructed, emphasizing —as a final conclusion— the paradoxical character of this enterprise of integration.